

— No lo creo, respondió d'Argensón con esa brutalidad peculiar en él, y que era el espanto de todo reo y acusado.

— Entonces, hasta que nos veamos en el otro mundo, caballero.

D'Argensón saludó é hizo la señal de la cruz, según la costumbre de los jueces que se despiden del que acaban de condenar á muerte.

XXVIII.

El odio de familia

Habiendo Gastón entrado de nuevo en su cuarto, se vió precisado á responder á Dumesnil y Pompadour, los cuales estaban aguardándole con impaciencia. Según la promesa que había hecho á d'Argensón, no dijo una sola palabra de la sentencia que lo condenaba á muerte, y únicamente les anunció que había tenido lugar un interrogatorio más grave que los anteriores. Pero como quería antes de morir escribir algunas cartas, pidió la luz al caballero Dumesnil. En cuanto al papel y lápiz, ya lo había obtenido del gobernador, según recordarán los lectores.

Esta vez Dumesnil le mandó una bujía; por lo tanto se ve que cada cosa iba progresando. Maisón-Rouge no sabía rehusar nada á la señorita de Launay; y ésta lo partía todo con su caballero, que como buen compañero de prisión, dividía sus riquezas entre sus vecinos Gastón y Richelieu.

Gastón, á pesar de lo que d'Argensón le había prometido, dudaba siempre que se le permitiese

volver á ver á Elena ; mas sabia que no se le dejaría morir sin mandarle un confesor. En su consecuencia, confiaba en que éste no desoiría la última súplica de un condenado á muerte y que remitiría dos cartas á las personas á quienes iban dirigidas.

En el momento en que se iba á poner á escribir, oyó que la señorita de Launay hacía la señal en virtud de la cual denotaba que tenía que dar algo.

En efecto, era una carta dirigida á él. Gastón se puso á leerla en seguida, á causa de que, como hemos dicho, poseía una luz.

La carta estaba concebida en los términos siguientes :

« Amigo nuestro, pues habéis llegado á alcanzar » este título, y entre vos y nosotros no hay secreto » alguno, haced saber á Dumesnil la magnífica es- » peranza que he concebido después de lo que me » ha dicho Herment. »

Gastón se conmovió ; quizás él hallaría también algunos motivos de esperanza en aquella carta : ¿ no le habian manifestado que su suerte no podía estar separada de la de los conspiradores de Cellamare ? Es verdad que los que se lo dijeron no conocian la conspiración de la cual formaba parte. Después de estas reflexiones continuó leyendo :

« Hace media hora que ha venido el médico » acompañado de Maison-Rouge. Este último me » miró tan dulcemente, que me hizo presagiar algo » bueno. Sin embargo, cuando le pedí que deseaba

» hablar particularmente ó á lo menos en voz baja » con el médico, me puso grandes dificultades, las » cuales vencí con una de mis sonrisas.

» Tened cuidado, me dijo, que nadie se entere de » que me he alejado para dejaros hablar en secre- » to ; porque indudablemente perdería el destino » que ocupo, por haber sido demasiado asequible.

» Semejante tono de amor é interés juntamente » combinados me pareció tan grotesco, que le » prometí riendo todo lo que quiso. Ya veis como » le cumplo mi palabra.

» Apartóse, pues, y maese Herment se acercó.

» Entonces empezó un diálogo en que los gestos » significaban una cosa, mientras la voz decía otra.

» Tenéis muy buenos amigos, dijo Herment, ami- » gos que ocupan una elevada posición y que se » interesan de un modo especial en lo que os con- » cierne.

» Yo pensé naturalmente en Madama del Maine.

» ¡ Ah ! caballero, exclamé, ¿ os han hecho algún encargo para mí ?

» ¡ Silencio ! dijo Herment, detened mi lengua.

» Juzgad pues si me latiría el corazón. »

Gastón puso la mano en el suyo, y percibió que también latía con violencia.

¿ Y qué tenéis que participarme ?

» ¡ Oh ! yo, nada ; pero se os traerá lo más » pronto posible el objeto convenido.

» Pero, decidme lo que es ; veamos.

» No ignorando que las camas de la Bastilla son
 » muy pésimas, y sobre todo que las colchas son
 » infames, me han encargado que os ofrezca.....

» Acabad.

» Una colcha.

» Á semejante salida, pensé morirme de risa ; el
 » afecto de mis amigos se limitaba á evitar que me
 » constipara.

» Mi apreciable señor Herment, le dije : en la
 » posición en que me encuentro, creo que mis
 » amigos deberían más bien ocuparse de mi cabeza
 » que de otra cosa.

— » No son amigos ; es una amiga.

» ¿ Quién es ?

» La señorita de Charolais, respondió maese
 » Herment, bajando la voz de manera que apenas
 » podía entenderle.

» Después de pronunciadas estas palabras se
 » retiró.

» Así pues, mi apreciable caballero, permanceo
 » aquí, esperando la colcha de la señorita de Cha-
 » rolais.

» Referid todo esto á Dumesnil ; estoy segura
 » que le divertirá. »

Gastón suspiró tristemente. La alegría de las
 gentes que le rodeaban pesaba sobre su corazón.
 Le parecía que hubiera encontrado un consuelo en
 las lágrimas que sus dos vecinos hubiesen derramado
 con motivo de su desgracia. Ser compadecido

por personas que se aman, cuando uno ama también,
 y estar próximo sobre todo á morir, es un gran alivio.

Por lo tanto, Gastón no tuvo valor de leer la carta
 dirigida á Dumesnil ; trasladóse al momento, y un instante
 después oyó entrepitosas carcajadas.

Entonces estaba despidiéndose de Elena.

Después de haber pasado una parte de la noche en
 escribir, se acostó. Á los veinticinco años es preciso que
 uno duerma, aun cuando esté esperando el sueño eterno.

Por la mañana, á la hora de costumbre, trajeron á
 Gastón el almuerzo, sólo que el joven observó que era más
 opíparo que de ordinario ; esta atención le hizo sonreír,
 y recordó con este motivo los cuidados que, según decían,
 se prodigaban á los condenados á muerte.

Estando concluyendo el almuerzo, entró el gobernador.

Gastón le lanzó una rápida ojeada, con el objeto de
 descubrir alguna novedad en su rostro. Sin embargo, nada se
 traslucía en aquel semblante más que afabilidad y cortesania.
 ¿ Ignoraría acaso la sentencia de la víspera, ó sería quizás una
 máscara con la que se ocultaba ?

— Caballero, dijo el gobernador, ¿ queréis hacerme el obsequio
 de bajar conmigo á la cámara del consejo ?

Gastón se levantó, pareciendo sentir que le zum-

baban los oídos. Para un sentenciado á muerte, toda orden que no comprende, le parece que es una senda que le conduce al suplicio.

— ¿ Puedo saber porqué se me hace bajar, caballero ? preguntó Gastón, con acento tranquilo en el cual era imposible reconocer su emoción interior.

— Únicamente para recibir una visita, respondió el gobernador. Ayer, después del interrogatorio, ¿ no pedisteis al presidente el favor de ver á alguno ?

Gastón se estremeció.

¿ Y es esa la persona ? preguntó.

— Sí, caballero.

Gastón se disponía á continuar sus preguntas, porque recordaba que no era una persona, sino dos las que esperaba. En aquel momento le anunciaban una sola ; ¿ cuál de las dos sería ? No tuvo el suficiente valor para preguntarlo, siguió silenciosamente al gobernador.

Éste condujo á Gastón á la sala del consejo. Al entrar el joven, lanzó una mirada á todos lados ; mas la sala estaba enteramente desierta, y los empleados que asisten de ordinario á semejantes actos, se hallaban también ausentes.

— Caballero, quedaos aquí, dijo el gobernador á Gastón ; la persona á quien aguardáis va á venir en seguida.

Después de esto, Mr. de Launay saludó á Gastón, y salió.

El caballero corrió á la ventana, que estaba guarnecida de fuertes y espesos barrotes, según los tenían todas las de la Bastilla. Delante de aquella ventana se paseaba un centinela.

Al tiempo de inclinarse para mirar al patio, la puerta se abrió. Al ruido que hizo, Gastón se volvió y se encontró frente á frente del duque de Olivares.

Esto no era todo lo que esperaba ; pero sin embargo, era ya mucho ; pues si se le había cumplido la palabra con respecto al duque, no militaba razón alguna para que no se verificase por lo tocante á Elena.

— ¡ Oh, monseñor ! exclamó Gastón, ¿ no sabéis el bien que habéis hecho accediendo á los ruegos de un infeliz preso !

— Caballero, esto era en mí un deber, respondió el duque. Además, yo tenía también que daros las gracias.

— ¡ Á mí ! dijo Gastón admirado ; ¿ qué es lo que he hecho para merecer las gracias de V. E. ?

— Habéis sido interrogado y conducido á la sala de tormento ; os han prometido ser indulgentes si nombrabais á vuestros cómplices, y sin embargo habéis guardado silencio.

— Era un juramento que tenía hecho, yo lo he cumplido ; á esto se reduce todo ; por consiguiente, no vale la pena que por ello se me den las gracias, monseñor.

— Ahora decidme, caballero, si puedo seros útil en algo.

— En primer lugar, tranquilizadme acerca de vuestra persona, monseñor, ¿os ha molestado alguien?

— No.

— Me alegro mucho.

— Y si los conjurados de Bretaña son tan discretos como vos, creo indudablemente que mi nombre no llegará á pronunciarse en esos desgraciados debates.

— ¡ Oh ! monseñor, respondo de ellos como de mí mismo. Pero, ¿ podréis vos decirlo así por lo que mira á la Jonquiere ?

— ¡ Á la Jonquiere ! repitió el duque con embarazo.

— Sí, ¿ no sabéis que también ha sido preso !

— En efecto, he oído decir algo.

— Pues bien, monseñor, os suplico que me digáis vuestro modo de pensar acerca de él.

— Nada puedo deciros, sino que merece toda mi confianza.

— Siendo así, monseñor, nada más deseo saber.

— Entonces, caballero, volvamos á la petición que teniais que hacerme.

— ¿ Ha visto V. E. á la joven que conduje á vuestra casa ?

— ¿ Á la señorita Elena de Chaverny ? Sí, caballero.

— Está bien, monseñor ; lo que no tuve tiempo de deciros entonces, voy á deciroslo ahora : hace un año que amo á esa joven. Mi sueño era el consagrar mi vida á hacer su felicidad... Digo mi sueño, porque cuando estaba despierto, sabía demasiado que me estaba vedada toda esperanza de dicha ; y sin embargo, para dar un nombre, una posición, una fortuna á esa joven, iba á unirme á ella, en el momento en que fui preso.

— ¿ Sin el consentimiento de sus padres ? repuso el duque.

— No los tiene, monseñor ; y según todas las apariencias iba á ser vendida á un elevado personaje, cuando tuvo por conveniente abandonar á la persona que habian colocado á su lado.

— ¿ Pero, quién ha podido haceros creer que la señorita de Chaverny iba á ser víctima de una vergonzosa venta ?

— Lo que la misma me refirió acerca de un padre supuesto que siempre se le ocultaba, y de diamantes que le habian ofrecido. Además, ¿ queréis saber en dónde la encontré ? Pues bien, fué en una de esas casas infames, destinadas á la prostitución... ¡ Ella, un ángel de candor y de pureza ! En una palabra, monseñor, esa joven huyó conmigo á pesar de los gritos de su dueña, en medio del día, á presencia de los lacayos que la rodeaban ; ella que permaneció sola conmigo más de dos horas, conservándose tan pura como el día en que recibió

el primer beso de su madre, la considero no obstante comprometida. Por lo tanto, mi único afán, monseñor, es que este enlace se verifique.

— ¿En la situación en que os encontráis? replicó el duque.

— Razón de más para efectuarlo.

— Pero, por desgracia os habréis formado ilusiones con respecto al castigo que os está reservado.

— No, monseñor; será probablemente el mismo que en una circunstancia semejante sufrió el conde de Chalais, el marqués de Cinq-Mars y el caballero Luis de Rohán.

— En su consecuencia, ¿estáis dispuesto á todo, aun á la misma muerte?

— Caballero, lo estoy desde el momento en que entré en la conjuración; el único consuelo del conspirador se reduce á que arrebatando la vida á los demás, juega la suya propia.

— ¿Y qué ventajas reportará esa joven con semejante matrimonio?

— Monseñor, aunque no soy rico, poseo algo; ella es pobre, carece de nombre y yo lo tengo; por lo tanto quisiera dejarle mi nombre y mi fortuna, á cuyo efecto ya he hecho pedir al rey que mis bienes no sean confiscados, ni mi nombre declarado infame; cuando se sepa el motivo que me impele á entablar semejante petición, confío en que se me concederá. Si muero sin que sea mi esposa,

creerán que ha sido mi querida, quedando deshonorada y perdida; mas por el contrario, si por medio de vuestra protección ó por la de vuestros amigos, la cual imploro eficazmente, pues estamos unidos y nada tenemos que echarnos en cara unos á otros, porque la sangre que se derrama en un cadalso por causas políticas no echa ningún borrón sobre la familia; en este caso, repito, la infamia no recaerá sobre mi viuda, y si no llega á pasar una existencia feliz, á lo menos vivirá independiente y honrada. Esta es la gracia que tenía que pedir, monseñor; ¿podréis por ventura llegar á obtenerla?

Entonces el duque, en vez de responder, se dirigió hacia la puerta por donde había entrado, dando en ella tres golpes, de cuyas resultas se abrió, apareciendo en el umbral el teniente Maison-Rouge.

— Señor teniente, dijo el duque, ¿queréis preguntar de parte mía á Mr. de Launay si la señorita que está en la puerta y que aguarda en mi carruaje podrá penetrar hasta aquí? Ya sabe que su visita está autorizada lo mismo que la mía. ¿Tendréis la bondad de conducirla á esta habitación?

— ¡Cómo, monseñor! ¿está Elena en la puerta?

— ¿No os prometí que vendría?

— ¡Oh! sí; mas al veros solo, había perdido toda esperanza.

— He querido veros primero, presumiendo tendríais mil cosas que decirme, que ella no podría oír; porque, caballero, todo lo sé.

— ¡ Vos ! explicaos.

— Sé que ayer fuisteis llamado al Arsenal...

— ¡ Monseñor !...

— Que os encontrasteis en presencia de d'Argensón ; que os leyeron la sentencia...

— ¡ Dios mio !

— Sé, por último, que habéis sido condenado á muerte, y que se os ha exigido palabra de no revelarlo á nadie.

— ¡ Oh ! monseñor, ¡ silencio ! ¡ silencio, por Dios ! ¡ una sola palabra de estas causaría la muerte á Elena !

— Tranquilizaos, caballero. Pero, veamos ; ¿ no calculáis algún medio de poder escapar de semejante muerte ?

— Se necesitarán muchos días para disponer y ejecutar un plan de evasión, y según V. E. no ignora, apenas quedan algunas horas.

— No quiero dar á entender esto ; únicamente os pregunto, si tendríais por casualidad alguna excusa que presentar para disminuir vuestro crimen.

— ¡ Mi crimen ! replicó Gastón admirado de que un cómplice suyo se valiese de semejante expresión.

— Sí, caballero, sí, repuso el duque, tratando de componer su desliz ; ya sabéis que los hombres dan este nombre al asesinato de un individuo ; la posteridad es la única que juzga, y ese mal llamado

crimen las más veces lo eleva á la categoría de un acto heroico.

— No tengo ninguna excusa que dar, monseñor, á no ser la de que creo que la muerte del regente es de todo punto indispensable para la felicidad de la Francia.

— Ya, replicó el duque sonriendo ; pero bien comprendéis que esta no es una disculpa que se pueda dar á Felipe de Orleans : yo hubiera deseado que se redujese á una cosa meramente personal. Á pesar de ser enemigo político irreconciliable del regente, debo decir en honor de la verdad que no es tenido por un malvado. Le llaman misericordioso, siendo una prueba de esto que no ha habido ninguna ejecución capital bajo el tiempo de su regencia.

— ¿ Olvidáis al conde de Horn, enrodado en la plaza de Greve ?

— Era un asesino.

— ¿ Y yo soy otra cosa ?

— Con la diferencia que el conde de Horn asesinaba con el objeto de robar.

— No puedo ni quiero pedir nada al regente, dijo Gastón.

— Vos mismo en persona, no ; quiero decir que lo hagan vuestros amigos. Si éstos presentasen una disculpa plausible, acaso el príncipe se adelantaría á vuestros deseos ; quizás os perdonaría.

— Es excusado, monseñor, no tengo ninguna.